

## *EL DOCTOR MANZINI*

El ilustradísimo médico, Dr. D. Nicolás Manzini Carlí ha muerto —en Cienfuegos— a la avanzada edad de ochenta y tres años. Era natural de Forli en Italia.

Su muerte ha sido un duelo para cuantos le conocieron y estimaron, y supieron apreciar en sus vigorosos días de actividad científica, cuánto valía aquel cerebro fulgurante, aquella alma sensible, aquel corazón noble, entusiasta, hermoso.

Su larga jornada de médico, siempre señalada con éxitos, sus numerosos trabajos científicos —muchos inéditos—, aplaudidos, publicados y premiados en Revistas y Congresos científicos, su reconocida y suficiente autoridad profesional, era respetada y considerada con justísima estimación.

Si, —como siempre acontece.— las vicisitudes, el aislamiento, las decepciones y el natural cansancio de la vida, hicieron que en sus postrimeros días su persona estuviera oscurecida u olvidada, no por eso su nombre de ciencia ni su prestigio adquirido competentemente se nublaron, como tampoco se nublaron al dormir ya su eterno sueño en modestísima tumba.

La ciencia médica ha perdido a uno de sus nobilísimos sacerdotes.

Hombre de gran talento, en las luchas políticas de su país, se hizo digno de su patria, de esa dulce Italia, cuna de poetas, de pintores y de músicos.

Fue compañero fiel de Ciro Menotti, de Cialdini y amigo de Maroncelli, el romántico cautivo de Spielberg, ¡Cuántas veces, emocionados, le oímos referir sus empeños patrióticos y cuántos veces las lágrimas asomaron a sus ojos!

Alma sensible y espiritual, por eso en sus versos de poeta inspiradísimo supo cantar con naturalidad y ternura. Escribió mucho y

bueno en dulces y fáciles versos; pero no todo lo publicó. Inéditas tenía, entre otras excelentes creaciones un notabilísimo poema titulado «La Antillana».

En las columnas de La Fraternidad con gusto publicamos sus trabajos en prosa y verso.

Devoto de las Ciencias Físicas y Naturales era un coleccionador constante y un observador curioso.

Mucho más pudiéramos decir del ilustrado y generoso Dr. Nicolás Manzini Carlí. Hacer su biografía completa sería un trabajo amplio y de gran valor.

Recordamos con sentimiento y con afecto al Dr. Manzini.

Su trato afable, su conversación cultísima y de gran erudición y saber; sus modales corteses y caballerosos, su generosidad de sentimientos le hacían fácilmente granjear la estimación y la simpatía de todos.

¡Ha muerto ya! Para sus hijos nuestro pésame. Si sobre su tumba no hemos podido colocar flores —flores que tanto acariciaba y buscaba en vida—, si ha muerto lejos de esta ciudad donde vivió la mayor parte de sus días, en estas breves líneas rendidas con toda la expresión de nuestra alma al hombre de ciencia, al poeta, al patriota, al amigo desaparecido para siempre, derramamos nuestras lágrimas de cariño, de amistad, de admiración y de simpatía.

En Paz Descanse el médico Dr. Manzini.

(La Fraternidad. Revista publicada el domingo 29 de marzo de 1896.)

#### ARTÍCULO NECROLÓGICO

Hoy reproducimos gustosos el notable artículo necrológico sobre el llorado Dr. Manzini, que publicó «El País» local, por dos razones.

Una porque nos satisface todo cuanto se haga en memoria del sapiente desaparecido, y otra porque su autor —nuestro ilustrado y apreciado compañero y amigo el Dr. Mencía— ha probado con su galena pluma y su docto juicio, cuánto valía el hombre de «La Antillanas

He aquí el brillante trabajo.

*El Dr. Manzini.*

Acaba de rendir en Cienfuegos la fatigosa jornada de su vida un antiguo y apreciable convecino nuestro, meritísimo por su actividad y su talento, aunque oscurecido en estos últimos años por encontrarse en el ocaso de su existencia, el ilustrado Dr. Nicolás Manzini Carlí, tan ventajosamente conocido entre nosotros como Médico Cirujano y como hombre muy versado en otros ramos del saber humano, como la historia, literatura y ciencias físicas y naturales.

Nació el Dr. Manzini en uno de los antiguos Estados Romanos, en el poblado de Forli en la Romagna el año de 1813, contando, de consiguiente, al ocurrir su muerte, ochenta y tres años de edad.

Dedicóse cuando joven a la carrera militar con notable aprovechamiento, obteniendo al fin el empleo de Subteniente. Pero la Italia se hallaba hacía muchos años convertida en campo de batalla, donde, unos contra otros, luchaban a brazo partido los intereses opuestos que trabajaba el mundo cristiano. Numerosas sociedades secretas habían sentado sus reales en la Italia Central, conspirando sin darse punto de reposo, para conseguir la «unidad», la anhelada unidad de una nación «sempre serva», siempre «schiava», como ellos le decían.

La fiebre revolucionaria extendió sus contagios sobre un crecido número de jóvenes, tan entusiastas como inexpertos entre los cuales se encontraba el Sr. Manzini, y les hizo afiliarse a una de esas sociedades, de acuerdo según dicen, con el mismo Duque de Módena, aspirante al alto puesto de la Jefatura del Estado.

Habíanse comprometido el Caballero Ciro Menotti y los Subtenientes Manzini y Cialdini, como primeros jefes, en unión de dieciocho personas más a dirigir un movimiento revolucionario el 22 de Febrero de 1831, contando con que el pueblo en masa se les uniera, pero fueron sorprendidos, esas 21 personas la noche anterior al día señalado, en los momentos que ultimaban en el Club el plan de la Rebelión, llenándoles de coraje que el mismo Duque de Módena, fuera quien los hiciera prisioneros. Ciro Menotti, el primer Jefe de los revoltosos, fue elegido como víctima expiatoria, y subió al Cadalso por orden del mismo Duque.

Manzini, Cialdini y sus demás compañeros iban conducidos a las terribles prisiones de Spielberg, y fueron en el trayecto libertados por las turbas sublevadas, refugiándose Manzini en el territorio de Francia, donde recibió, como todos los emigrados, la corta pero valiosa pensión de 1 franco diario que les otorgaba el gobierno francés.

Circunstancias especiales, relaciones importantes conquistadas por sus méritos y simpatía, le valieron a Manzini la gracia singular de ser admitido en la Facultad de Medicina de París como estudiante sin abonar derechos de ninguna clase. Allí fue discípulo de Trcasseau y de Tardieu, de Baillaud y Dupuytren y de otras notabilidades de esa época, y obtuvo su título de Dr. en Medicina y Cirugía, con las más honrosas notas, el año 42.

Hallábase concluyendo el ilustre Barón de Humboldt su obra monumental, verdadero derroche de ciencia, El Cosmos, y hubo de darle cierta comisión científica importante a Manzini, trasladándose éste en efecto a la Habana, en donde desde luego quedó establecido. Prueba inequívoca del alto concepto que como hombre de ciencia merecía Manzini, a aquel coloso del saber.

Ejerció el Dr. Manzini su profesión en la Habana 3 años aproximadamente con notable acierto como cirujano hábil y experimentado, habiendo sido llamado en consulta a Trinidad por el Dr. Torrado para un caso de suma gravedad el año 44, y otra vez a Sancti Spiritus por el vecino D. Agustín Esponda, habiéndosele hecho buenos ofrecimientos en esta ciudad para que aquí fijase su residencia, hizolo con el beneplácito general del vecindario, ejerciendo encomiable su hermosa y humanitaria profesión, siendo recompensados en poco tiempo sus afanes por numerosa y escogida clientela y sin que por eso desatendiera a las clases desheredadas, a las cuales prodigaba sus servicios profesionales, como muchos ancianos atestiguan todavía.

Hemos oído referir con modestia al mismo Dr. Manzini los detalles de varias arriesgadas operaciones que él llevó a cabo en esta ciudad, y de las cuales hablan con elogio otros señores médicos de esta localidad.

El Dr. Manzini fue el primero que usó la Quinina, a las dosis que se emplean, rompiendo la costumbre que aquí existía de suministrarla a dosis muy pequeñas. Él fue quien introdujo el Cloroformo

entre nosotros, y uno de los más entusiastas y constantes propagadores de la vacuna. Era un profesor inteligente, de una erudición vastísima, y aficionado en extremo a los estudios. Fue autor de la obra «Historia de la Inoculación Preventiva de la Fiebre Amarilla» practicada por orden del gobierno español en el Hospital Militar de la Habana (1858), escrita en francés y que fue muy elogiada. Tiene también publicados otros trabajos como son: «El Uso de los Mercuriales»; «La Viruela»; «El Cólera»; y una «Fisiología de la Mujer en la Zona Tórrida». Además dejó inéditos otra multitud de trabajos, entre los cuales pudiera aprovecharse algunos, por ser estadísticos, y haberse practicado con mucha escrupulosidad.

El Dr. Manzini ejerció una temporada en Cienfuegos, y fue médico Municipal en Santa Clara, y en esta ciudad de Sancti Spíritus. Era miembro corresponsal de varias sociedades científicas, y ejerció el cargo de Cónsul de Italia en Cienfuegos y el de Vicecónsul en Tunas de Zaza.

Su afición a las Ciencias Físicas y a las Naturales, era ilimitada. Fue un observador sagaz y constante mereciendo el honor de ser citado con bastantes elogios, como hombre dedicado a las Ciencias, por Don Ramón de La Sagra y por el gran naturalista D. Felipe Poey en sus obras respectivas.

Pero no eran solamente la Medicina, La Física y la Meteorología lo que constituían su ocupación intelectual. Hijo de aquella tierra meridional llamada «El Jardín de Europa» criado bajo aquel precioso cielo azul, al que sólo se parece el de Cuba y el de Andalucía; natural de aquel país donde mecieron su cuna Virgilio, Dante y Petrarca; templado su corazón juvenil al calor del infortunio, y siendo accesible en extremo a todos los resortes del sentimiento, no extraño que también fuese en gran manera aficionado a la poesía, como lo era a la literatura en general. El Dr. Manzini vio publicadas algunas de sus producciones y deja inéditas varias de relativo mérito. Muchas veces prescinde la forma o desdeña la regla, —a veces elementales— de la poética, pero hay que convenir en que Manzini no era un mero versificador, pues tiene composiciones donde palpita el sentimiento, donde se desborda la inspiración poderosa de su fecundo numen, y donde al leerlas, surge a la mente el recuerdo de Lord Byron cuando dice que la poesía es el corazón. Sí; el Dr. Man-

zini, hombre observador, hombre impresionable, de exquisita sensibilidad tenía alma de poeta.

El Sr. Manzini era de carácter franco y bondadoso, de conversación amena e instructiva; y hubiera de seguro ocupado un lugar preminente en Italia, si hubiera regresado a ella alguna de las veces que le ha llamado su antiguo colega de academia y compañero de los sucesos referidos de Módena, el general Cialdini actual Duque de Gaeta, embajador que ha sido largos años de Italia en París.

¡Los hijos del difunto Dr. lloran hoy con razón a su Señor Padre! Sus colegas lamentan la definitiva ausencia del ilustrado compañero! ¡Muchos pobres recuerdan todavía sus curaciones gratuitas, y bendicen su memoria! Sus admiradores en Módena han levantado hace años en una plaza pública un soberbio monumento a Ciro Menotti y a los cuatro jefes principales de la fracasada rebelión de aquel ducado; y uno de los bustos de esos Jefes, que luce en bajo relieve, de tamaño natural, es el de nuestro amigo el Dr. Manzini.

*¡Descanse en paz!*

(Revista «La Fraternidad». Sancti Spíritus domingo 5 de abril de 1896. Dr. Bernabé Mencía y Cepeda.)

*Dr. Nicolás Manzini Carlí*

El doctor Nicolás Manzini Carlí nació en Forlì, Italia.

A los dieciocho años de edad tomó parte activa en la sublevación de Ciro Menotti, que, al fin fue ejecutado en la horca el 23 de marzo de 1831. Viose obligado a emigrar, y al mes de haber llegado a Marsella, fue conducido al depósito de refugiados italianos en Macón, junio, 1831.

Llegó a París en 1833, sabiendo tan sólo leer, escribir y contar. Más adelante recibió en dicho punto su sentencia de muerte, conmutado, en atención a su minoría de edad, por 20 años de galera, sentencia que conservó con orgullo.

Abrumado de privaciones, le produjo inmensa tristeza el recuerdo del hogar paterno, en donde había crecido con las comodidades de una regular fortuna. «Siempre recuerdo» dice en sus notas «que lloré la primera vez que en París comí sin mantel y sin sopa».

Ese mismo año debió a Mme. Deleyre, respetable sexagenaria, su educación científica; habiendo ingresado en la Universidad como estudiante de Medicina. Al mes había ganado por oposición, entre ciento cuarenta y un estudiantes, el primer puesto para los veinte alumnos anuales de la escuela práctica, Diserciones anatómicas.

El 16 de agosto de 1841 obtuvo su título de Doctor, cuyos gastos sufragó el Ministerio de Instrucción Pública.

A fines de 1842 decidió trasladarse a América; y en la nochebuena de dicho año, se despidió para siempre de la hospitalaria Francia, abrazando, lleno de tristeza, a sus amigos el Príncipe de Belgiojoso, los Maroncelli, Lablanche y Donizetti.

Se embarcó en el Havre el 18 de Enero de 1843, y llegó a La Habana el 15 de marzo, habiendo hecho su incorporación en la Universidad en agosto.

Desde esa fecha visitó diversos puntos de Cuba; pero fue en Sancti Spiritus en donde pasó la mayor parte de su vida. Se distinguió por su gran inteligencia y practicó con éxito la cirugía.

Su labor fue constante, y además de su idioma nativo, llegó a dominar el francés y el castellano, hasta el punto de haber escrito poesías en ambos idiomas. Dejó inéditos dos poemas épicos en castellano inspirados en la historia de Cuba y, sobre todo, en las luchas de los cubanos para conquistar su libertad, con cuyas ideas tanto simpatizaba. Sus dos poemas recibieron de su autor los nombres de «La Antillana» y «Mercedes o Cuba Libre».

Hizo gran acopio de manuscritos, y publicó algunos trabajos de Literatura, Meteorología y Medicina; entre estos últimos, uno muy razonado y notable, sobre la Ablación de la Lengua por medio de la Ligadura y Descripción de un nuevo procedimiento para practicarla; fue impreso en La Habana en agosto de 1832, después de haber practicado dicha operación, por cáncer de la lengua, en presencia de los doctores Nicolás Gutiérrez, Nicolás Pinelo, Joaquín de Zayas y José Benjumeda.

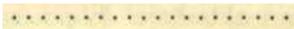
Durante algún tiempo permaneció en la capital y después en Sancti Spiritus hasta el año 1870 en que se trasladó a Santa Clara. Tuvo a su cargo el consulado de Italia en Cienfuegos por el año de 1873, hasta uno o dos años más adelante cuando regresó por fin a

esta ciudad en la que siguió en su perseverante labor profesional hasta que ya con 82 años debilitado por el natural desgaste de su organismo, en Tunas de Zaza, junto a su querida hija lloraba constantemente y le torturaba la idea de morir lejos de su patria, sin besar por última vez el suelo que, en 1873 o 1874 erigió una estatua, para honrar la memoria de Ciro Menotti y sus 34 compañeros, apareciendo en el pedestal, y en letras de bronce dorado, los nombres de éstos, entre los que se lee el de NICOLÁS MANZINI CARLÍ.

Sancti Spíritus, agosto 9 de 1925.

*Dr. S. Cuervo*

Almanaque «La Lucha». Sancti Spíritus. Año 1926. Dr. Sebastián Cuervo y Serrano. (Del trabajo presentado al VI Congreso Médico Latinoamericano en 1922 relativo a la Historia de la Medicina en Sancti Spíritus, y a los profesores que, en distintas épocas ejercieron allí.



## M É D I C O S

Dr. Nicolás Manzini Carlí, italiano de la facultad de París, autor de varios trabajos sobre materia médica, entre los que se encuentra su obra sobre la fiebre amarilla, publicado en 1858 en francés, sobre Meteorología Médica Cubana y sobre costumbres espirituanas en dos poemas en verso titulados «La Antillana» y «Mercedes», con otras composiciones poéticas de carácter lírico. En Cienfuegos en marzo de 1898.



## METEOROLOGISTAS

Dr. Nicolás Manzini Carlí, hizo muchas observaciones en esta jurisdicción y en la de Trinidad, publicadas en los periódicos locales y unos apuntes de Meteorología Médica Cubana en 1882.

(Epítome de la Historia de Sancti Spíritus. Manuel Martínez Moles, año 1936.)

NICOLÁS MANZINI CARLÍ. Médico notable, graduado de la Universidad de París. Dominaba varios idiomas; se dedicó a la polémica periodística y escribió en torno a temas científicos, previamente observados, con preferencia sobre meteorología de la región espirituaña. En el campo de la poesía, una vez identificado con nuestras tradiciones, costumbres y hábitos, nos legó una serie de versos de sabor legendario, casi todos. Fue autor del poema «La Antillana» bosquejo de la vida local en el siglo xix. Colaboró en correspondencia, con el célebre alemán, Barón Alejandro de Humboldt, «Segundo Descubridor de la Isla». Aunque italiano de nacimiento, en Sancti Spiritus se radicó y pasó lo mejor de su vida, consagrada a la cultura y al trabajo. El poema aludido data de 1858.

(Galería de Esprituanos Ilustres. Memoria de su inauguración en la Casa del Pueblo el 20 de mayo de 1939. Conferencia pronunciada por el Sr. Segundo Marín García.)

---

.....Echamos de menos, y así lo consignamos, a profesionales que pudieran pertenecer al período que se estudia, como el médico italiano, graduado de la Universidad de París, Nicolás Manzini Carlí, poeta, escritor y acaso nuestro primer y mejor cultivador del folklore

---

(Sancti Spiritus en el siglo xix. Titulares de Sancti Spiritus durante sesenta años [1836-1896], Segundo A. Marín García 1955.)

#### CAPTORES DE LEYENDAS Y ANÉCDOTAS

---

..... Y sobre todo descuella, por su inteligencia y cultura, dedicadas a la observación de costumbres y hechos, el médico italia

no, graduado de la Universidad de París y versificador en diferentes idiomas, Dr. Nicolás Manzini Carlí, autor del poema «La Antillana» y colaborador eficiente del celeberrimo Barón de Humboldt. Manzini escribió también temas científicos, entre estos, acerca de Meteorología y fue chispeante polemista, al combatir la Frenología, bajo el pseudónimo de «Pimpin Zarabin».

.....

(Segundo Marín García: Apuntes Históricos de Sancti Spíritus, 1945.)

..... Del Dr. Manzini Carlí sabemos que joven y con su título de médico, llegó a Cuba muchos años y que ya en la segunda mitad del siglo XIX, se encontraba radicado en Sancti Spíritus. Aquí, además del ejercicio de su profesión, emprendió, acaso en medio hostil por la incomprensión, logró estudios meteorológicos y sobre otras disciplinas científicas y colaboró con el Barón Humboldt en muchos aspectos a que se dedicara tan ilustre alemán reconocido por Luz y Caballero como *un segundo descubridor de Cuba*; se dedicó a las letras tanto en el periodismo activo o polémico, especialmente con sátiras para impedir o atentar la invasión sin freno de la Frenología en boga, como en el cultivo de la poesía en español, francés o italiano. En sus versos, si no fáciles, sí de sereno sabor clásico, casi siempre en octavas reales, obtuvo los mejores trabajos legendarios o folklóricos tales los poemas «La Antillana», «América» y «Mercedes», que nunca dejarán de ser fuentes y testimonios de la historia particular de Sancti Spíritus. Se cuenta, y parece cierto, que Manzini había figurado en la adolescencia en movimientos revolucionarios en Italia y que, por ello, tuvo que fugarse en memorable odisea y acogerse a París. El retrato de Manzini, de perfil agudo y pera larga a lo Napoleón III, permaneció colocado en la galería de Espiritu- nos Ilustres y extranjeros notables de Sancti Spíritus hasta que este esfuerzo popular y oficial un día se consideró inoportuno lastre y la galería desapareció.

Un modestísimo aficionado a las investigaciones históricas, compañero nuestro de la mayor intimidad, muchas veces, hablando sobre Manzini, se mostró admirado de la facilidad con que Manzini pudo prontamente, no ya dominar el idioma de Castilla, sino recoger, cap

tar y exponer costumbres, leyendas, palabras que por entonces rodaban en el mundo espiritano y su región. Nosotros siempre le respondimos que era porque Manzini, además de su bien organizado cerebro, tenía sólidos y profundos conocimientos adquiridos en los superiores centros de cultura de Europa. Y ahora podemos agregar que el anhelo de *amante del saber*, se trocó en él en la realidad de sabio, inconscientemente o por convicción.

---

(Segundo A. Marín García: Italiano en Sancti Spíritus. Trabajo inédito. Sancti Spíritus, Sept. del 69.)

---

..... Si je m'étais permis, comme certains auteurs, de donner des indications sans m'être donné la peine de lire auparavant les travaux originaux, il est certain que j'aurais signalé le nom du Docteur Nicolás B. L. Mancini ainsi que son livre publié en 1858 et intitulé: Inoculaciones preventivas de la fiebre jaune, practiquées par ordre du Gouvernement espagnol á l'Hôpital Militaire de la Havane.

Il s'agit d'inoculations proposées par le Docteur Lambert Humboldt et que le Capitaine général de l'île de Cuba, le Général José de la Concha, marqués de la Havane, avait acceptées au nom du Gouvernement espagnol.

En 1885, lorsque je vins á Madrid passer ma thèse de doctorat sur la fièvre jaune, j'allais souvent visiter le marqués de la Havane qui était un camarade d'armes de mon grandpère. Nous avons parlé de ces inoculations et aussi du Rapport que le Docteur Bastarache fit officiellement, en portant un jugement opposé au livre du Docteur Mancini et sur les statistiques bâties avec des observations d'aucune valeur puisqu'il s'agissait d'inoculations faites á l'aide du venin d'un ophidien.

---

#### TRADUCCION

---

.....Si me hubiera permitido, como ciertos autores, a dar indicaciones sin haber leído antes los trabajos originales, es cierto que habría señalado el nombre del doctor Nicolás B. L. Manzini así como su libro publicado en 1858 y titulado «Inoculaciones preventivas de la fiebre amarilla practicadas por orden del gobierno español en el hospital de la Habana».

Se trata de inoculaciones propuestas por el Dr. Lambert Humboldt y que el Capitán General de la isla de Cuba, el General José de la Concha, marqués de la Habana, había aceptado en nombre del gobierno español.

En 1885, cuando vine a Madrid a pasar mi tesis de doctorado sobre la fiebre amarilla, iba a menudo a visitar al marqués de la Habana que era un camarada de armas de mi abuelo.

Hablamos de esas inoculaciones y también del «Informe» que el doctor Bastarache hizo oficialmente, llevando un juicio opuesto al libro del Dr. Manzini y sobre las estadísticas fundadas con observaciones de ningún valor puesto que se trataba de inoculaciones hechas con la ayuda del veneno de un ofidio.

---

(Docteur Carlos J. Finlay. Son Gentenaire (1933). Sa Découverte. (1881). Le Professeur Francisco Domínguez y Roldán. 1935. Paris).